

miento nacional hijo solamente de la burguesía industrial, la única clase conocida, por lo que parece, fuera de Cataluña? Las clases populares son las que mantienen la cultura catalana, la clase obrera, los asalariados, los trabajadores de la cultura... y los inmigrantes. No sé si fuera de Cataluña se sabe que eran obreros inmigrantes muchos de los que fueron a parar a la cárcel durante las manifestaciones del once de septiembre (día en que Cataluña perdió su libertad frente a Felipe V y sus tropas), mucho antes de que los momotombos de cierta burguesía "liberal" catalana salieran de sus madrigueras para volver a cantar ufanosamente las "glorias de Catalunya". No sé si fuera de Cataluña se sabe, puestos a dar "noticias", que el Estatut de Nuria fue votado en 1931, con más de medio millón de votos a favor, apenas tres mil votos en contra y con más de cien mil adhesiones firmadas por inmigrantes. El Estatut de Nuria, recortado luego por las Cortes Españolas en 1932, afirmaba que "Cataluña es un estado autónomo dentro de la República Española", luego, en 1932, pasaría a ser "región". Los inmigrantes también se adhieron al capítulo quinto, donde se decía que la lengua catalana sería la oficial en Cataluña (con libertad para que los castellanos parlantes pudiesen usar el castellano ante los tribunales y los órganos administrativos de la Generalitat). No votaban, pues, una Cataluña "bilingüe". Votaban una Cataluña "libre", donde ellos pensaban vivir sin retenciones, sin discriminación alguna.

Se me puede decir: "Antes que vuestras reivindicaciones nacionales, es la opresión jornalero andaluz". Esto es, simplemente, demagogia. En el difícil combate por la libertad no hay sistema de prioridades. Por supuesto que, si funciona correctamente nuestro engranaje solidario, juzgaremos más acuciante la opresión económica y social que no la cultural. Pero no es válido establecer competencias entre unas y otras. Por otra parte, ¿es que puede un campesino andaluz saciar su hambre sin un programa autonomista que lo respalde? Además, en nuestro caso, la aludida subestimación deja de lado un hecho fundamental: que son los mismos los que han consolidado el poder de la oligarquía latifundista andaluza y el poder del centralismo anticatalán, antigallego y antivasco. Por esto, el más misero de los jornaleros andaluces pueden sentirse atraído, si hay antes una honesta labor de información, por la alianza con los catalanes que luchan por su libertad nacional. No

puedo imaginarme un socialista que desatienda las reivindicaciones nacionales, ni un "varón" de izquierdas que olvide la lucha por la liberación de la mujer si se me permite ampliar la cuestión a otros terrenos.

En la entrevista mía con Solé Barberá, uno de esos lectores me acusaba de querer enfrentar al PSUC con el PCE. No pretendí en ningún momento oponer esos dos partidos sino dar relieve a algo que es, me parece, una evidencia: fuera de Cataluña se ignora casi todo de Cataluña, incluso que el partido comunista catalán se llama PSUC. Y no quiero particularizar la cuestión en Cataluña: ¿qué se sabe de Eus-

kadi, de Galicia, del País Valenciano, de Andalucía, qué nos han dado a conocer durante todos estos años sino folklore puro? La mayoría de la información se extiende por todo el ruedo ibérico, excluido Portugal, a través del prisma de Madrid. No voy a culpar de ello al "pueblo de Madrid", pero sí a aquellos que, deformados por cuarenta años de historia, no han aprendido, todavía, a indagar, a inquirir, a buscar. No han aprendido, todavía, que indagar es el primer paso para comprender. Antonio Machado, refugiado durante la guerra en Barcelona, escribió un artículo para *La Vanguardia*, donde, lúcida y oportunamente, daba cuenta de su

error, de haber ignorado la realidad catalana hasta entonces, hasta haber pisado Cataluña. Palmiro Togliatti, cuando los republicanos estaban a punto de evacuar Barcelona, fue encontrado por un compañero que lo buscaba con un libro en las manos: era una gramática catalana. Se estaba retrasando porque quería acabar de aprender nuestra lengua. Estos dos ejemplos honran a sus protagonistas. Los dos habían luchado por una nueva sociedad en donde no fueran posibles estos conflictos que ahora, por el momento dialécticamente, vuelvan a surgir. ¿Somos tan absurdamente estúpidos que olvidamos estas lecciones? ■ MONTSERRAT ROIG

HABLAR EN CATALAN

LA polémica que con frecuencia aparece en TRIUNFO sobre las nacionalidades supone una actitud nueva hacia la información. Pienso que, hasta ahora, estábamos ante una postura de recepción pasiva, acrítica, del caudal informativo. La intención de estas líneas, por encima del mayor o menor acierto de sus tesis, es contribuir a un enfoque más dialéctico de los conceptos que suelen utilizarse al hablar del problema catalán.

Para acotarme una parcela de la realidad, desde la que poder hacer algunas aproximaciones a la cuestión, me voy a centrar en el aspecto lingüístico y cultural. Después de haber vivido cuatro años en Barcelona, hay planteamientos que encuentro poco claros; y, sinceramente, la información que la prensa proporciona no contribuye a despejar mis interrogantes.

Con objeto de dejar clara mi postura, diré que, dado que en Cataluña viven, aproximadamente, 3,3 millones de catalanes (que constituyen, también aproximadamente el 60 por 100 de la población de la región), los cuales poseen una lengua propia, es obvio que esta lengua debe cultivarse, enseñarse y protegerse.

Lamentablemente, aún subsisten factores que frenan el pleno desenvolvimiento de la lengua y, por tanto, de la cultura. Todos ellos, a mi juicio, de tipo administrativo y emanados de una concepción totalitaria del Estado y de la Historia. La superación de estas trabas exige escuelas catalanas con maestros catalanes y con enseñanza en catalán; Universidad catalana; cooficia-

lidad, etc. Para mí es indudable que, dada la justeza de la causa, todas las fuerzas democráticas españolas deben hacer suyas las reivindicaciones catalanas, especialmente la normalización lingüística. Y es lógico que en primera fila figuren los inmigrantes, porque viven más cerca de esta problemática (en realidad, no se trata sólo de inmigrantes, ya que parte de los llamados así nunca emigraron a ninguna parte, puesto que ya nacieron en Cataluña; por otra parte, no se puede olvidar que hay un nutrido grupo de profesionales y burgueses de lengua materna castellana; por ello, lo mejor es hablar de castellanohablantes cuando se quiera aludir a niveles lingüísticos y no de clase).

Ahora bien, ¿qué ocurre con el 40 por 100 restante, cuya lengua y cultura no son catalanas? Esos 2,2 millones de hombres y mujeres forman la otra nacionalidad que puebla las tierras catalanas; y su mera existencia impone la constatación de un hecho simple, pero que parece olvidarse con frecuencia: Cataluña es un ámbito geográfico binacional. Por tanto, el problema nacional catalán no es un problema, sino dos problemas nacionales. Uno, el de las relaciones de la nacionalidad catalana con el resto de España, y otro, el de las relaciones entre las dos comunidades nacionales dentro de Cataluña.

La comunidad castellana en Cataluña (usaremos a efectos prácticos, "castellano" por "castellano-parlante"); después de todo, es una metonimia de uso popular en la región, donde se llama castellano a todo el que no es catalán) tiene,

obviamente, unos intereses. Los económicos y políticos dependen de la clase social a la que se pertenece, pero los lingüísticos y culturales, cuyo desenvolvimiento permitirá a esa comunidad conservar y desarrollar su identidad propia, son peculiares.

Creo que es importante conocer lo que se piensa en Cataluña sobre la cuestión, y saber si los catalanes sienten preocupación por los intereses culturales de los castellanos de la región. Para empezar, intentaremos seguir el hilo de la cuestión, tal y como la ve Francesc Vallverdú, especialista en Sociolingüística. En la página 83 de "Ensayos sobre bilingüismo", establece que, "en todo caso, como sea que el factor 'prodiglosico' socialmente más importante es la presencia de una compacta masa no catalana, todo el mundo está de acuerdo en que hay que centrar los esfuerzos colectivos en esta dirección". Recordemos que se entiende por "diglosia" la situación social que comporta la coexistencia de dos lenguas, de las que una de ellas desempeña la función alta, para la vida cultural y oficial y la otra queda para la comunicación oral, ordinaria o familiar. Pues bien, de aquí parte el resto de actitudes sobre el tema. De que se valora la inmigración como un factor prodiglosico. Lo que equivale a considerarla como un enemigo de la normalización de la lengua catalana.

Esta concepción es, a mi juicio, errónea y peligrosa. Peligrosa porque las reacciones más probables ante lo que se supone un enemigo, serán de agresividad y errónea por-

que la mera concurrencia de dos lenguas no implica, necesariamente, que una haya de imponerse a la otra, ni que una asuma las funciones literarias o administrativas, y la otra las de conversación corriente, sino que pueden convivir sin conflicto siempre que ambas tengan el mismo trato y las mismas oportunidades. Dicho de otro modo, siempre que se imponga una concepción pluralista y democrática. Así ocurre en Bélgica y Suiza. La concepción de Vallverdú se asemeja, paradójicamente (ya que se declara democrática) a la del centralismo totalitario. Este, después de la guerra civil, debió de pensar que el cultivo de toda lengua que no fuera el castellano era un factor "prodigioso", o al menos, de erosión para su hegemonía.

Analícemos ahora, el otro aspecto del texto. Citando a Maluquer escribe Vallverdú (página 84 de la obra citada): "... A pesar de los factores económicos y ecológicos que estorban la asimilación, el conjunto de los integrantes socioeconómicos-pirámide social, profundidad de las tradiciones, etcétera, resultan favorables al mantenimiento y a la irradiación de los caracteres culturales catalanes...". Y citando a Badia Margarit: "... hay asimilación idiomática, los emigrantes tarde o temprano se convierten en catalanohablantes", y dicha "asimilación idiomática es deseada porque forma parte de la 'catalanización' que los inmigrantes quieren asumir...".

La solución que se propone no ofrece dudas: la asimilación pura y simple, el cambio de lengua materna. La coexistencia de dos grupos culturales es rechazada. Se propugna para los demás lo que se rechaza para uno mismo.

Pero después de todo, lo que importa no es tanto que alguien incurra en contradicciones, o que desee cosas que a nosotros no nos gustan, como los métodos que pueda o pretenda utilizar para ponerlas en práctica. Citemos un texto de Almirall, para ver luego el comentario que Vallverdú hace del mismo. Ambos se encuentran en la página 105 de la obra ya citada de Vallverdú. El de Almirall es el siguiente:

"Nunca hemos aspirado a imponer la lengua catalana, no ya a ninguna parte de España, pero ni aun a nuestra misma región".

El comentario de Vallverdú es el siguiente:

"¿Qué pretendía decir Almirall con 'imponer'? Conforme con sus convicciones, hay que entender ahí 'imponer por la fuerza', pero, aun así, ¿no debe admitirse la eventualidad de una 'imposición' —incluso constrictiva— si se desea que todos los funcionarios en Cataluña conozcan ambas lenguas? Es evidente que si se tomara al pie de la letra

la reserva de Almirall no sólo la cooficialidad sería prácticamente imposible, sino que incluso la integración lingüística de los inmigrantes no catalanes podría resultar seriamente obstaculizada".

Dejando de lado la cuestión de los funcionarios, donde la tesis coercitiva resulta aceptable (salvo a corto plazo, para evitar que todos los funcionarios fueran catalanes) lo que queda claro es que la fuerza se aplicaría, igualmente, a la integración lingüística de los inmigrantes.

Interesa precisar lo que Vallverdú entiende por integración lingüística, porque podría pensarse que significa que los castellanoparlantes aprenderían el catalán como lengua de relación, manteniendo el castellano como lengua materna. Pero tal suposición resulta excesivamente optimista. Aunque la cita sea un poco larga, creemos que merece la pena. Procede del artículo publicado por Vallverdú en el *Butlletí del Col·legi Oficial de Doctors i Llicenciats en Filosofia i Lletres i en Ciències del D. U. de Catalunya i Balears*, correspondiente a marzo-abril de 1975 y titulado "Els problemes del bilingüisme".

He aquí la traducción: "Así, pues, el objetivo que se ha de proponer una política lingüística democrática en los Países Catalanes es la normalización lingüística catalana; oficialidad del catalán, escuela catalana, medios de comunicación de masas en catalán, etc. En una etapa inmediata, no obstante, teniendo en cuenta la actual composición de la sociedad catalana, este objetivo estratégico puede exigir la implantación de un bilingüismo oficial (cooficialidad), una educación bilingüe (con conocimiento sólido y suficiente tanto para castellanoparlantes como para castellanoparlantes, de la otra lengua), etcétera".

Se propone pues, la sustitución lingüística. Si es necesario, por la fuerza. La cooficialidad de ambas lenguas y la enseñanza también en ambas, serían meras tácticas transitorias para la consecución del objetivo final: la oficialidad, en exclusiva, del catalán, escuela sólo catalana y en definitiva, la asimilación total de los castellanoparlantes.

¿Por qué se piensa que sería posible consumir este proceso de asimilación, este genocidio cultural? Vallverdú cita (página 84) a Weinreich: "La desorientación social y cultural de los inmigrantes socava su instintiva resistencia a excesivas innovaciones en su lengua", y después, añade de su propia cosecha: "Lo cual favorece a la larga el cambio de lengua del inmigrante".

Lo que hay que hacer con el inmigrante no es dotarlo de medios de cultura que le ayudarían a adquirir conciencia de su verdadera

situación, de su auténtica identidad e incluso de su fuerza, sino aprovechar su desorientación para llevarlo a un camino que instintivamente, espontáneamente, no tomaría.

Ahora bien, además de la desorientación, actúan en el sentido del cambio otros factores psicosociales. Los inmigrantes forman la base de la pirámide social. Ante ellos se levanta una de las burguesías más desarrolladas del país. Estos burgueses aparecen no sólo con la autoridad, que reviste siempre la casta dominante a los ojos de las clases dominadas, cuando éstas carecen de una clara conciencia de clase, sino además, como los creadores de puestos de trabajo. Así las cosas, los símbolos de "status" que rodean a esta burguesía adquieren un prestigio enorme. Y uno de dichos signos, quizá el más omnipresente es la lengua. En Cataluña, tanto desde el punto de vista de los valores, como de la realidad social, el castellano es ante todo la lengua de los obreros menos cualificados y, en segundo lugar, de parte de los funcionarios. Ciertamente es que parte de la aristocracia y de la alta burguesía utiliza tradicionalmente entre ellos, el castellano, por motivaciones diferenciadoras respecto a la burguesía media y baja y al pueblo. Pero la existencia de esta minoría aristocrática castellanohablante es ignorada por los inmigrantes, por lo que no contribuye a prestigiar la propia lengua.

Todo esto hace que hablar en Cataluña, no sea un hecho neutro, sino que se convierte en una constante afirmación social. Sobre todo, el pequeño burgués, aunque también bastantes obreros catalanes emiten al hablar un metmensaje que viene a decir: "Pertenezco al grupo más importante de los dos que hay".

El prestigio que tiene lo catalán y el desprestigio de lo castellano, ¡no digamos lo andaluz o lo murciano!, son los generadores de una motivación integradora en parte de los castellanohablantes. Algunos desean pasarse al grupo de los catalanohablantes en la ilusión de un ascenso social. Pero detentar un símbolo de "status" no supone un cambio de clase social y tampoco la solución de ninguno de los problemas que tienen planteados como clase, e incluso la dificultará porque como dice Ninyoles ("Idioma y poder social", página 145):

"En la medida en que determinados individuos traten de incorporarse al grupo poderoso —el grupo de 'status' de referencia del cual no son miembros—, acaban por imponerse los estándares propios de este grupo y por adoptar su punto de vista: su ideología".

Poner la solución en la sustitución lingüística es, sencillamente, un caso de falsa conciencia.

Hay que señalar que el libro de

Ninyoles proporciona valiosos instrumentos analíticos para la comprensión de los mecanismos de sustitución lingüística. Desde luego, los suficientes para que uno no pueda evitar una sonrisa escéptica ante las encuestas que pretenden probar que los castellanos están ansiosos de ser catalanizados. De manera expresiva lo dice Ninyoles: "En definitiva, aquellos a quienes imitamos son casualmente los mismos a quienes hemos de obedecer". El lo dice en el contexto de los valencianos que abandonan su lengua en favor del castellano, pero no vemos razón alguna para no aplicar estas tesis, y otras al caso que nos ocupa.

Si la clase dominante ha logrado imponer su ideología lingüística ("es más importante hablar catalán que castellano"), hay que reconocer que los tráfugas que dejan de ser leales a su endogrupo, en virtud de instancias de mejora social pueden tener más oportunidades de promoción en algunos niveles, como el de mandos intermedios en la industria o determinados departamentos universitarios. Pero estas deserciones no contribuirán, en absoluto, a resolver los auténticos problemas que la comunidad de origen tiene planteados. Más aún, como señala Ninyoles, su falta de lealtad (la expresión "lealtad lingüística" está acuñada en Sociolingüística y no tiene, en principio, una connotación moral, sino descriptiva, lo que no quiere decir que el individuo no pueda enfocar su propia actitud con criterios morales) creará en el tráfuga un sentimiento de culpa hacia su grupo de origen, lo que probablemente terminará en un sentimiento de odio hacia aquél. "La identificación con el grupo dominante conduce, naturalmente, a una sensibilidad más aguda respecto a la propia inferioridad e impulsa al individuo a repudiar aquellas características culturales y sociales —lengua, costumbres, etc.— del grupo al cual pertenece. Así, el grupo de origen llega a convertirse en grupo de referencia negativo para estos individuos que ante él no sólo deben mostrarse indiferentes, sino que son 'dependientemente hostiles'. Esto es constatado a menudo, con cierta ingenuidad, por algunos catalanes que afirman de los integrados 'ser más catalanistas que los catalanes'".

Podría argüirse que el catalán no es solamente la lengua de la burguesía, sino que hay una clase obrera catalana. A esto hay que hacer dos observaciones. En primer lugar, ni entre los dos sectores de la clase obrera hay una correlación o paralelismo entre catalanes y castellanos, ya que la cualificación profesional media es superior en aquéllos y la mayoría de los mandos intermedios son catalanes. Ello

sigue manteniendo la polarización de los pares de conceptos catalán-arriba, castellano-abajo. En segundo lugar, aunque haya un proletariado catalán, no es este el punto de referencia positivo para el desertor lingüístico. El catalán tiene prestigio porque es la lengua de los que poseen el poder social, no por ser la lengua del proletariado catalán.

¿Qué soluciones podrían apuntarse ante esta situación? Porque, para mí, el problema no es cómo evitar una posible asimilación forzada, sino cómo evitar la asimilación, forzada o no. Para ello, creo que lo decisivo es que los castella-

una formación escolar bilingüe a la masa inmigrada. Mientras persista la alienación de que lo catalán es superior de que, como sostiene Vázquez Montalbán, la única conclusión lógica es la integración, la enseñanza obligatoria del catalán a los castellanos sería un instrumento de sustitución lingüística. Un bilingüismo sin diglosia, es decir, sin dominio de una lengua sobre otra, sin división funcional entre las dos lenguas, sólo es posible cuando se da una situación de mayor igualdad entre las dos nacionalidades, que la que existe hoy en día en Cataluña. Hasta que no se haya recuperado la imagen de la propia identidad, el

actividades culturales son catalanas, els instituts, els cercles, las jornadas, els congressos, las taules rodones, etcétera. La prensa diaria, salvo "Avui", se hace en castellano, pero es catalana en cuanto a los intereses que defiende (es curioso que algunos medios informativos de organizaciones profesionales o políticas integradas en buena parte e incluso, a veces, mayoritariamente por castellanos se editan exclusivamente en catalán, sin que nadie se moleste en hacer otra edición castellana). Si se lee la prensa parece que todo el que hace o dice algo en Cataluña tiene apellidos catalanes. Los dos millones largos

de castellana? Si tales razones existen, deberíamos conocerlas. Mientras, no está de más recordar lo que decía Almirall hace ochenta años: "... porque nunca ha renegado de su lengua ningún pueblo que se estime". Por otra parte, incluso desde el punto de vista catalanista —que ve la inmigración como un factor prodiglosico—, la integración dificultaría la vuelta al hábitat originario. Dicho de otra manera, la forma más radical de acabar con el problema es acabando con la inmigración e incluso posibilitando una corriente de retorno y para ello no hay otra solución que la industrialización de Andalucía y Castilla. El desequilibrio regional se reduciría y los catalanes no tendrían que preocuparse tanto por cómo asimilar esa masa. Si en Cataluña se verían libres de preocupaciones, aún mayores serían los beneficios para los inmigrantes. Se quedarían en sus tierras no teniendo que sufrir el trauma del desarraigo y encima, como decía Vázquez Montalbán, pagando parte de la factura de resentimiento que en Cataluña existe contra el centralismo (el cual, dicho sea de paso, no tiene nada que ver con Castilla, sino con Barcelona, Vizcaya y Madrid, que centralizan el capital de todo el país). Lo que, evidentemente, es la antisolución es el trasvase del Ebro, que posibilitaría otro trasvase de recursos humanos hacia Barcelona. Ya sé que gran parte de la izquierda catalana afirma ser contraria a aquél, pero no parece que se esfuerce mucho por defender su postura.

Para terminar, quiero matizar una vez más mi postura hacia el catalanismo. A mi juicio, no se trata de un movimiento ni de una ideología que pueda valorarse en bloque. En la medida en que supone la defensa de la identidad y de la cultura del pueblo catalán, es progresivo y democrático y, por tanto, sus reivindicaciones deben ser asumidas por todos los demócratas de Cataluña y de España. En la medida en que es asimilista respecto a otra comunidad nacional es regresivo y antidemocrático. La izquierda debe hacer suyas las instancias nacionales, pero no las imperialistas. En el resto de España hemos tardado en darnos cuenta de que el país no es homogéneo sino plural y que cada pueblo que lo compone tiene derecho a mantener sus caracteres diferenciales. Asimismo, Cataluña debe comprender hoy su propio pluralismo.

Todas las condenas que se pronuncian contra los atropellos que ha sufrido la lengua y, por tanto, el pueblo catalán deben dirigirse a sus verdaderos autores y no a unos hombres que no son más que otras víctimas de la ausencia de una política regional minimamente racional. ■ AURELIO PEREZ FUSTEGUERAS



Hasta que no se haya recuperado la imagen de la propia identidad, el aprendizaje del catalán será el trampolín para la falta de lealtad hacia la propia lengua y hacia el grupo de origen.

nohablantes comprendan que su realización, su promoción, como individuos y como grupo no pasa necesariamente por la integración lingüística. Ello hace imprescindible una labor de clarificación, de toma de conciencia de las propias posibilidades como grupo. Labor que habría de ser iniciada por la vanguardia de la clase obrera castellana y catalana y por los intelectuales no influenciados por la ideología asimilista. Tendrían que crearse órganos e instrumentos de cultura, de formación de la opinión, de defensa de intereses de la comunidad. En resumen, los soportes institucionales imprescindibles para el desarrollo de una cultura.

De la presión social existente en sentido asimilista y de la necesidad de una toma de conciencia de la propia identidad y de la propia fuerza para contrarrestar aquélla, se deriva que, mientras no se produzca tal toma de conciencia, deben rechazarse los intentos de dar

aprendizaje del catalán será como ha venido siendo a niveles individuales el trampolín para la falta de lealtad hacia la propia lengua y hacia el grupo de origen y no hará más que posibilitar los proyectos de ascenso personal insolidarios con los intereses generales del grupo.

Yo, sinceramente, soy más bien pesimista respecto al futuro. Aun reconociendo que sobre la lengua catalana pesan aun factores prodiglosicos, creo que tienen su origen en una superestructura político-administrativa en franco retroceso. Pero en niveles propiamente estructurales cabe afirmar que, por así decirlo, el poder social del catalán es infinitamente superior al del castellano. En efecto, es la lengua de la burguesía, lo que no es poco en una sociedad capitalista. Es la lengua de la mayoría de los intelectuales, y la minoría restante o se catalaniza todo lo deprisa que puede o calla. Todas las instituciones y

de castellanohablantes en vez de hablantes de nada, parecen completamente mudos (sólo recuerdo como excepción a Candel). Incluso lo que se dice sobre ellos lo dicen catalanes o catalanizados y siempre para lo mismo, para entonar el canto de sirena de la integración.

Debido a esta situación, se impone, a mi juicio, que todas las fuerzas democráticas se planteen una revisión a nivel teórico del problema de las relaciones entre las dos comunidades. En definitiva, lo que aquí se defiende se basa en una concepción pluralista y democrática de la sociedad.

A la postre habrá de ser esa comunidad la que decida sobre su propio destino. Lo que yo pienso es que las propuestas de integración presentadas como única alternativa, sin aducir razones, no ayudan al esclarecimiento. ¿Qué argumentos hay para que una comunidad se desligue de un capital cultural tan grande como el acumulado en len-